

Beatriz Luengo

**HASTA QUE  
SE ACABEN  
LAS CANCIONES**



Beatriz Luengo

Hasta que se acaben  
las canciones

## AL ALBA VENCERÉ

*Luciana*

La casa está en silencio. Como si un huracán hubiese arrasado con todo y solo quedaran los restos de cristales en el suelo. Todo sigue igual y tan distinto. Hace unos minutos el sonido de la ambulancia retumbaba hasta el artesonado.

Estoy sentada en la escalera, inmóvil. Soy incapaz de identificar si es un mal sueño o si en realidad mi jefa acaba de morir.

Todavía creo que me voy a despertar y que, como cada mañana, le prepararé una tostada de mermelada de higos a doña Inés, quien me volverá a reclamar con su voz áspera que el café no está caliente, a pesar de que la taza lleve veinte minutos en la mesa, el mismo lapso que ella tarda en leer los titulares del periódico e insultar a todo aquel que en él aparece. Cuando llegué a Madrid no sabía qué significaban la mitad de las expresiones de doña Inés, hoy tengo un máster en insultos castellanos: ganapán, mercachifle, petimetre.

Entro despacio en su habitación y veo sus zapatos perfectamente alineados, tal y como los dejé anoche. Doña Inés se crió en un entorno muy estricto donde lo importante era cuidar las formas. Así que tenía obsesión por la perfección de los detalles. Todos los días salía de su dormitorio vestida

impecable, con su pelo tirante y sus gafas de pasta al estilo años cincuenta. Siempre vestía de color morado de Cuaresma, y cuando le preguntaban la razón, ella respondía sarcástica que era el color de la penitencia por tener que aguantar a tanto zoquete.

Doña Inés vivía enfadada con el mundo, bueno, con todos menos con Karma, su gata callejera, que pasó de quemarse las patas en el suelo de asfalto a la alfombra persa, del agua de los charcos al *spa* de la calle Barquillo, de la supervivencia a la vivencia, se quitó el prefijo «super» para convertirse en doña del barrio de Salamanca. Fue compañera y confidente inseparable de doña Inés *Soledades*, así la llamaba yo mientras ella sonreía y respondía: «Más vale sola que mal acompañada, Luciana, no lo olvides».

Ella y Karma eran almas gemelas: solitarias, desconfiadas y analíticas.

Doña Inés era capaz de adivinar los trapos sucios de tu familia solo observando tu foto de perfil en el WhatsApp: «El de gafas oscuras es tu hermano mayor, ¿cierto?, se le ve muy espabilado, y el flacucho es el pequeño... Solo por su gesto puedo ver claramente que está frustrado por no ser el listo de la familia, ¿cierto, Luciana?». Doña Inés debería haber sido detective, porque nadie analizaba mejor la basura humana que ella. A veces me daba por pensar que venía del más allá, donde se dedicaba a diseñar miserias para nosotros los vivos y que, de vez en cuando, bajaba al plano terrenal a ver su resultado en la práctica. Otras veces he creído que con sus comentarios nos ponía a todos a prueba. Recuerdo que una noche, mientras veía el festival de Eurovisión, me dijo: «Luciana, deja lo que estés haciendo y ven, que quiero que me des tu opinión sobre las canciones de este año». Al final, después de dos horas entre luces, fuego y bailes, nunca pude opinar nada. Eso sí, acabé con una contractura en el cuello

de tanto validar sus quejas cada vez que España no recibía puntos. «Los franceses nos odian, Luciana —suspiraba—. Desde la invasión napoleónica nos la tienen jurada...». O: «¿Inglaterra? Nos dan tan solo dos puntos y la monarquía no hace nada... De verdad, ¡este país se va al garete!». Doña Inés necesitaba que le dieran la razón y a Karma no le interesa Eurovisión porque es demasiado pop para su nuevo estatus de burguesa.

De repente salgo del recuerdo y aterrizo en el presente. Miro a la gata en esta penumbra que inunda todo. Puedo percibir en ella la angustia y el miedo. Por primera vez desde que llegó a mis brazos en la protectora de animales, veo en sus ojos la gata vulnerable y no a la que come carne de wagyu en vajilla de porcelana.

Sentada a la puerta de la habitación, proyecta un maullido largo y profundo que suena a lamento. No se ha movido de ahí desde que los servicios sanitarios se llevaron a doña Inés, creo que está tratando de aceptar que a nosotros los humanos nos faltan las seis vidas de ensayo y error que tienen los gatos, y que con una tenemos que conformarnos y aceptar las consecuencias. Me consuela pensar que doña Inés vivió como quiso y se fue como quiso también: «Ponme la canción de *Nessun dorma*. Luciana, abre la ventana para que entre la brisa y trae a Karma, la suavidad de su abrazo me hará marcharme con el recuerdo de un gesto amable en esta vida». Esa fue su voluntad. Y, abrazada a su cómplice compañera de viaje, exhaló su último suspiro. Supe que su alma se había marchado cuando Karma sacó su cabeza escondida en la axila de doña Inés y se acercó a su cara para olfatearla. En cuanto sintió que no respiraba, dio un salto a mis brazos entonando un maullido desesperado, un grito de dolor que nunca antes le había oído. Las dos nos quedamos quietas esperando la última nota en la voz de Pavarotti entonando

*All'alba vinceró!*, que significa «¡Al alba venceré!». Y, tras unos minutos que parecieron siglos, me levanté para cerrarle los ojos, tal y como ella me había ordenado.

Ahora Karma y yo parecemos dos seres inertes, incapaces de reaccionar. Nos miramos tratando de ubicarnos y puedo sentir que su gesto triste me pregunta: «¿Qué va a pasar ahora que doña Inés ha muerto?», y es así como me doy cuenta de que ya no habrá desayunos, ni paseos ni música para las tres en el palacio del Fresno. «Tú no te preocupes, Karma —le susurro mientras acaricio su nariz—, tú vendrás conmigo. Te tendrás que adaptar a un piso con una sola cama y un baño, pero prometo no separarme de ti».

## MAR DE CRISTAL

*Luciana*

Me gusta viajar en el metro de Madrid y, sobre todo, analizar el nombre de sus paradas. Me fascina especialmente Mar de Cristal, parece una ironía para una ciudad con el mar a seiscientos kilómetros y edificios por todas partes. Me bajo del vagón en la estación Esperanza y, como si de un deseo relacionado con ese nombre alegórico se tratara, aprieto los puños y pido que de esta entrevista me salga un nuevo trabajo. El casero lleva unos días reclamando el alquiler correspondiente al mes de marzo. Tengo miedo de que se presente en casa y vea a la gata porque en el contrato especificó «no se aceptan animales». Pero claro, quién se atreve a explicarle el giro inesperado del destino en los últimos días.

—Señorita Luciana..., ¿así que usted es chef especialista en alta cocina para mascotas? —me pregunta con asombro la funcionaria de la oficina del paro.

—Sí, señora, estoy especializada en una técnica culinaria llamada *brunoise*. Además, soy peluquera de mascotas y experta en *scissoring*, *carding*, *clipperwork* y *top-knot*.

La funcionaria, de nombre Conchita según el cartelito de la mesa, se muestra sorprendida y, por la cara que pone, parece que no tiene claro si lo que le he dicho es una broma,

un nuevo tipo de salsa teriyaki o el nombre del próximo disco de Rosalía. Tras unos segundos de espasmo sobre el teclado, me mira y pregunta:

—Vamos a ver... Además de cocinar para mascotas, ¿usted sabe servir copas?

—Sí —contesto con muy poca esperanza de que haya entendido realmente a lo que me dedico.

La próxima vez elegiré otra parada de metro.



## EL TESTAMENTO

*Bastian*

—¡Bastian! Para ya de mover así las piernas, por favor, me estás poniendo nerviosa —me pide mi madre.

El molesto y constante tictac del reloj de la pared marca las 11.10 de la mañana. El ambiente está muy tenso. Y yo estoy empezando a sentirme ansioso ante las pausas tan largas del notario. A mi izquierda, mi madre agita el abanico como si quisiera acelerar el tiempo. A la derecha, pegada a mí, está mi prima Sofía, que parece estar probando un nuevo filtro, pues estira un brazo hacia la luz, hace un clic en el botón lateral de su teléfono, revisa la imagen y escribe: «Día en familia», y muchos corazones. Ni siquiera nos ha mirado, pero creo que intuye que fuera de su mundo digital hay unas personas con las que comparte apellido. Enfrente, mi tío Ernesto y su mujer se han sentado detrás de la mesa, que les sirve de trinchera y línea divisoria de una familia que ya llegó fracturada a esta lectura del testamento y que posiblemente se irá totalmente rota. Yo me pregunto dónde quedaron esas tardes de verano en casa de la abuela... Ahora esta enemistad familiar inagotable hace que todos nos miremos como extraños.

El notario bebe agua y se seca las comisuras de los labios

con el dedo índice, se recoloca las gafas y toma aire profundamente antes de soltar la bomba:

—Señores, nos hemos reunido en este 4 de abril de 2023 para la lectura del testamento de la señora Inés del Castillo Humanes de Arteaga quien, hallándose en pleno uso de sus facultades mentales, me entregó este sobre que ha permanecido cerrado hasta este momento. Así pues, antes de la lectura del testamento, procedo a leer su contenido, con sus últimas voluntades escritas de su puño y letra.

Mi madre se limpia unas lágrimas que nunca le cayeron y yo me doy cuenta de que Hollywood perdió a una actriz increíble. Por su mirada, mientras guarda el pañuelo en el bolso, puedo intuir que ya tiene planeado todo lo que va a hacer con el dinero que herede de su hermana Inés.

El notario abre el sobre con lacre rojo que lleva las iniciales de mi tía:

—«Querida familia: qué ganas tenía de conseguir reunirnos a todos... y de que el señor notario abriese este sobre. He disfrutado mucho imaginando esta idílica escena en la que simuláis que os importo...».

Sobresaltada al escuchar ese inicio, la mujer de mi tío Ernesto mira a este sorprendida mientras él, visiblemente nervioso, se recoloca la americana tratando de abrochársela sin éxito, ya que entre el botón y el ojal hay la distancia de un vuelo Madrid-Ibiza. Sonrío. Mi prima se ríe en un amago de complicidad conmigo. El notario prosigue:

—«Os habréis vestido con vuestras mejores galas para recibir mi herencia. Lo cual agradezco. —Todos respiran aliviados tras escuchar que, a pesar del tirón de orejas inicial, recibirán lo que esperan—. Mi hermana Hortensia se habrá puesto un vestido refinado, que destaque su clase y elegancia, como el que llevaba el día de la supuesta cena de reconciliación a los catorce días de fallecer nuestra madre. ¿Te acuer-

das, Hortensia, de cómo llorabas diciendo que me querías mientras me ponías unos papeles en la mesa para quedarte con el palacio del Fresno?».

A mi madre se le han congelado hasta las flores del abrigo. El notario carraspea, serio, observándonos a todos. Se sube las gafas y continúa:

—«Ernesto, si te están leyendo esta carta es porque ya no estoy aquí, felicidades porque se cumplieron tus deseos».

Mi tío Ernesto se limpia el sudor, su mujer parece haberse convertido en una estatua de sal.

—«Pero no quiero entreteneros más, así que iré al grano. Quiero daros las gracias por haber venido, pero, desafortunadamente para vosotros, no vais a heredar una mierda (señor notario, por favor, léalo tal cual y sin usar eufemismos). Sois unos avariciosos y nunca me habéis querido. Por este motivo, dejé todo mi patrimonio, que incluye mis bienes raíces, así como los activos e inversiones, las piezas de arte, antigüedades y joyas a mi gata Karma. Y designo a Luciana María Álvarez para que gestione toda mi fortuna en función del animal y de mis fundaciones benéficas.

»"Reconozco que no he sido fácil, pero es que tampoco me habéis ayudado a ser mejor.

»"Llegado este momento, descansaré en paz porque sabré que vuestra ambición un día me ganó una batalla, pero hoy yo os he ganado la guerra».